

pronto llovía pan del cielo, tan pronto brotaban licores las rocas, tan pronto abría sus fauces el abismo, para aliviar á los buenos, consolar á los afligidos y devorar á los malvados que se oponían al establecimiento de la ley y culto divinos? Si Dios no reveló á los hombres su religion, ¿por qué castigó á las naciones en tiempo de Josué y Gedeon, y bajo los reinados de los Josías y Ezequías? ¿Por qué amenazaba á los prevaricadores, por el ministerio de los Nathanes, los Elías y Eliseos, los Isaías y Jeremías? Si los hombres no hubieran oído de la boca del mismo Dios sus preceptos y su culto, Éste no hubiera tenido derecho para castigarlos en sus prevaricaciones é indiferencias.

Mas ¡cuán palpable es esta revelacion! ¡Con cuánta gloria y majestad, con cuánta claridad y precision ha enseñado á los hombres el Excelso, no sólo la religion en general, sino aquella única y verdadera con que quiere ser adorado! Desde el principio del mundo hasta la encarnacion del Verbo, todo está lleno de profecías, sembrado de oráculos, entretrejido de tipos y figuras, y ennoblecido de misteriosas revelaciones. Adán oyó en el Paraíso los preceptos celestiales, recibió la penitencia de su trasgresion, y santa víctima de expiacion le prometió el Eterno, que en tiempos remotos con su sangre borraría sus pecados. En los libros de los tiempos viera Jacob los variados eventos de la casa de Judá, tronco conservado para brotar un dia al Deseado de las naciones. Bendiciones sin número pronunciára el adivino Balaam sobre el pueblo cuyos pabellones no eran hermosos sino por estar consagrados al Jehovah, que como estrella radiante iluminaria los pueblos sentados entre las sombras tenebrosas de la idolatría. Daniel no sólo anuncia su venida, sino que fija el año de su nacimiento, el mes, la semana y el dia en que se cumplirá su oblacion sangrienta, prediciendo al mismo tiempo la ruina de la opulenta Babilonia,

la destruccion del imperio de Nemrod, la desaparicion de los intrépidos griegos, la creacion del vasto imperio de la reina del Tiber, sus conquistas y sus glorias, y con ellas la desolacion del pueblo deicida, su devastacion, su cautiverio, su dispersion y reprobacion, y la vocacion de los gentiles al Evangelio. Todos los Patriarcas lo deseaban; todos los Profetas lo anunciaron. ¿Os hablaré de su vida, de su predicacion y milagros, de sus ignominias y glorias, descritas miles de años ántes que sucediesen? David en sus raptos mentales, hasta los albores remontára de la eterna luz, y como en terso espejo la generacion viera del Eterno, oyendo la voz del Padre, que le entregaba las naciones como propia herencia, para que con cetro de hierro humillára sus ominosas frentes, y como vaso de arcilla las quebrára y dispersára. En el salmo XLIV lo viera marchar noblemente ceñido de espada, saliendo del seno de su Padre con más gloria que el astro luminoso al nacer en el horizonte, y su reino duraria tanto como los años de la eternidad. Alborozado con esta representacion, convida á los montes y collados á recibir en sus cimas la justicia y la paz que van á derramarse en la tierra, dominando al mismo tiempo á los erguidos potentados, pues depondrán sus cetros ante este Rey y besarán sus plantas. Todos los siglos tuvieron sus oráculos, y todas las edades sus Profetas, y la descripcion hicieran del Hombre Dios padeciendo en un leño, sin que ocultasen las circunstancias más mínimas de sus baldones. Zacarías habla como testigo ocular del triunfo de Jesus en Jerusalem; de la humilde actitud con que, sentado en un pollino, penetrára por las puertas de Sion entre los aplausos y algazara santa de los hijos de Israel; el beso del traidor, el precio de su sangre inocente comprada por treinta monedas despreciables, las espinas, los azotes, las bofetadas y los escarnios, anunciados estaban por los Profetas; el Sábío oyera las voces de exterminio con

que un pueblo feroz haria temblar el tribunal de Pilatos; todos sabian que sus manos serian horadadas con el hierro, que escupirian su rostro, que dividirian y sortearian sus vestidos, que se veria abandonado, que moriria como un malvado, que bajaria al sepulcro, que descenderia á los abismos, que resucitaria glorioso, y que, escoltado de cautivos rescatados, triunfante abriria las puertas del cielo, y que desde allí derramaria su espíritu y confundiria á cuantos quisiesen hacerle la guerra.

¿Y dirán los hombres indiferentes que Dios no ha revelado á los mortales la religion y culto que deben tributarle? Bastan las luces de la razon para conocer la obligacion que tenemos de un culto racional al Dios que nos crió; y para convencerse de esto, no hay necesidad sino del testimonio de los sábios del paganismo, quienes prescriben, no sólo la adoracion á la Divinidad, sino la religion unida á la moral, teniendo por vano el culto que no está acompañado de buenas costumbres. Y en prueba de que la humanidad toda profesa este dogma; en prueba de que la humanidad suspiraba, aún en los tiempos del error, porque llegára el momento en que el hombre tributase á Dios el culto que se merece por su santidad infinita, ábranse los pergaminos de los sábios del siglo de Augusto, admírense sus sentencias, canonicense aquellos suspiros que al cielo dirigian para que bajase el Justo deseado de la tierra. Más diré aún: cierren los incrédulos de nuestro siglo sus ojos si no quieren ver la esplendorosa luz de la revelacion, ya que han desafiado al cielo; pero oigan los clamores de la razon de los bárbaros embrutecidos, y aperebirán, aún en medio de sus ritos groseros, la necesidad imperiosa con que clama la naturaleza humana por la religion: examinen el corazon humano, y éste les dirá que no está satisfecho sino en los homenajes que al cielo dirige.

Mas ¿qué digo? Yo me olvidaba en este momento que

estoy hablando con creyentes; sí, vosotros sois descendientes de Santos; todos vuestros padres fueron grandes, porque por luengos siglos defendieran la fé de Jesus y la practicaran con heroismo. Así, no os hablaré sino poniéndooos á la vista el sagrado código del Evangelio, y en vista de él, reprendeos vosotros mismos, condenad vuestra depravada conducta. No, no encontrareis excusa en vuestra indiferencia: vuestros crímenes son pecados contra el Espíritu Santo, porque desechais la luz del cielo. Vuestra indiferencia es una declaracion de guerra contra Jesus, contra aquel Jesus que, despues de haber hablado de mil modos por los Profetas, quiso instruirnos por sí mismo, enseñándonos á vivir piadosa y santamente en este mundo, esperando la venida del glorioso reino de Dios; y desde su aparicion, no lo dudeis, toda indiferencia es un crimen, todo desprecio de su religion y sus preceptos es una maldad execranda: porque ¿cómo apareció este Dios entre los mortales? En las campiñas de Belen se dejó ver en la condicion más abyecta, pero grande como Dios, recibiendo al venir al mundo homenajes de los ángeles, adoraciones de los Reyes y testimonios de los justos; en su vida las ciudades y aldeas recorriera de la Palestina, adoctrinando á los hombres en la religion, en la moral y en la política, humillando á los soberbios, arrojando los demonios, curando enfermedades y resucitando muertos; en su muerte se mostró Dios, dando su vida por los pecados del mundo, resucitando por su propia virtud y eludiendo las rateras cavilaciones de sus émulos, apareció como la piedra angular del edificio de la Iglesia, cuya solidez no pudieron destruir ni los furores de los tiranos, ni los absurdos de la herejía, ni las ominosas tramas de los filósofos, ni tampoco podrá destruirla esta indiferencia universal, herejía práctica que profesan los hombres de nuestro nefando siglo.

Ved si Dios ha revelado á los hombres la religion que

deben profesar; ved si tenía razon David para decir que la luz del cielo está profundamente grabada en el corazon humano; ved si el Padre Eterno tenía derecho para mandar á los hombres que oyesen la voz de su Hijo bien amado. Y ciertamente, si la religion que Dios ha revelado á los hijos de Adan fuese falsa, preciso es confesar, con un sábio orador, que «sería el lazo más suave y disimulado que tenderse pudiera para cautivar el corazon humano, y no era posible escaparse de él sin dar al través con todo el edificio social; porque ¡cuánta majestad aparece en su Fundador! ¡Qué resplandor en sus misterios! ¡Qué ilacion en su doctrina! ¡Qué razon tan eminente! ¡Qué candor y pureza en sus costumbres! ¡Qué fuerza tan irresistible en sus dogmas, por cuya confesion y defensa su vida sacrificáran miles de sábios, miles de filósofos, miles de guerreros,» miles de sacerdotes, miles de vírgenes, de niños y de ancianos, entregando su cuerpo á uñas de acero, á hornos encendidos, á llamas voraces, á potros y caballetes, á tigres y leones, á la espada y á la muerte! Mas no lo es, no; ella viene del Padre de las luces, en quien no caben manchas de sombras, ni mutacion ó vicisitud; ella bajó del cielo á la tierra, y desemejante en todo á las instituciones humanas, que perecen por sí mismas, ni fué débil en su nacimiento, ni más fuerte en su edad media, ni caducará en su fin; eterna como su Autor, luminosa es en el Eden, luminosa en el Horeb, luminosa en Jerusalem, luminosa entre los tiranos, luminosa cuando la han favorecido los príncipes y la han acogido los pueblos, luminosa cuando aquéllos la han perseguido, luminosa cuando éstos la han desechado, luminosa es en medio de la indiferencia de nuestra edad, y luminosa será cuando, entre los últimos trastornos del mundo, la persigan los hijos de la impiedad, capitaneados por el enemigo del Cordero; porque éste la ilumina de modo que en su religion no se conozcan jamás la os-

curidad de la noche ni los crepúsculos de la tarde, ni las luces de la aurora; siempre será luz, pero eterna y esplendorosa como el sol al mediodía.

¿Qué excusa tienen, pues, los hombres indiferentes? ¡Ah! ninguna; la Majestad divina se ve injuriada por las generaciones de estos siglos; todos los oráculos están vilipendiados, todos los hechos divinos olvidados, todas las profecías son como falsas y fementidas; la vida y muerte de un Dios es un acontecimiento insignificante; sus fatigas y sudores, su doctrina y sus milagros, son una fábula, que los conmueve ménos que las caprichosas invenciones que cada dia se recitan por los histriones del teatro. Y la prueba es evidente: id á los salones de baile, á esas reuniones donde el impudor y la desnudez escandalosa de las mujeres se muestra sin rebozo, y la lujuria encubierta con modales caballerescos se propaga é introduce hasta la medula de los huesos, y vereis agolparse los millares de almas presurosas, solícitas y desasosegadas para no faltar á la hora señalada, mientras los templos se encuentran desiertos, despues que por muchas horas la iglesia llama á sus hijos para que vengan á demostrar que hay un Dios á quien debemos adorar; penetrad en las casas, y encontrareis en las manos de niños, de doncellas y de ancianos multitud de libros, do la impiedad propinan y el libertinaje, y mientras tanto no se cuida ni áun de enseñarles los rudimentos de la fé. Todo lo perteneciente á Dios y al alma se mira con indiferencia; indiferentes son los padres en dar buen ejemplo y educacion á sus hijos, indiferentes en que se lleguen al sagrado tribunal, indiferentes en que contraigan amistades ilícitas, indiferentes en todo lo que no sea adquirir maneras finas, alcanzar honores y obtener empleos; así es que de tales padres indiferentes ha salido una generacion impía y libertina. ¡Qué horror! Yo veo á la Religion santa cubierta de luto y bañada en lá-

grimas, cual noble matrona llena de hermosura y de riquezas despreciada por viles esclavos á quienes ha favorecido. Escuchad las conversaciones que de vez en cuando se oyen en las bocas de los hombres: «La Religion, dicen, es bellissima; ella es la fuente de la dicha, ella es la madre de los héroes; todo pueblo eminentemente religioso ha sido eminentemente grande. ¿Quién negará la divinidad de Jesucristo sin ser reputado por loco? ¿Quién no se convence con su doctrina? ¿Quién resiste á la dulce atraccion de sus palabras?» ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Silencio, silencio, generacion indiferente! «¿Por qué cuentas las justicias de Dios? ¿Por qué tomas en tu boca su testamento santo?» Estas palabras son de un discípulo de Jesus, y tú no lo eres, porque el discípulo de Jesus obra segun las convicciones de la fé; tú eres hija legítima de la filosofía; tú perteneces á la escuela de aquel autor del *Emilio*, quien, despues de haber ensalzado el Evangelio hasta las estrellas y elogiado á sus héroes más que á los Aristides y Platones, baja su estilo, humilla su pluma, y como si no hubiese habido Antíocos en la Palestina, Nerones, Decios y Dioclecianos en Roma, concluye diciendo que el Evangelio es el código de los viles, que sus discípulos son una manada de cobardes, que destruyera fácilmente una sola compañía de soldados romanos ó de Esparta. Sí: á esta escuela de contradiccion pertenecen los hombres indiferentes; porque si el Evangelio es infalible, ¿por qué no seguimos sus preceptos? Si Dios es su autor, ¿por qué no le amamos? Si la verdadera felicidad y grandeza nos vienen de la Religion, ¿por qué no aspirais á poseerla con la práctica de la virtud?

¡Ah! Los ministros del santuario no tienen ojos para llorar los funestos efectos de esta indiferencia, que ha cundido hasta en el sexo destinado por Dios para sostener la piedad, porque la indiferencia, al modo de impetuosa llama que en denso bosque penetra, sin perdonar

al débil arbusto ni al cedro de cien años, ha devorado todo el verdor de la fé de nuestros padres. *Succensa est quasi ignis impietas*. Ven las madres con indiferencia el retiro de sus hijas, la educacion que reciben, los libros que leen, las amistades que tienen, y no es extraño que la compañera que Dios diera al hombre se haya convertido en ídolo de la sociedad, únicamente ocupado en recibir adoraciones; no es extraño que seamos testigos de tanta disolucion escandalosa; no es extraño que veamos á tantas jóvenes exclusivamente dedicadas á leer novelas, á frecuentar teatros, á concurrir á bailes, á parecer en público, á brillar, á encantar y á corromper corazones; miéntras que la Iglesia, que por ellas ruega singularmente, no las ve entrar en su recinto sino para profanarlo con sus galas y atavíos: *Succensa est quasi ignis impietas*. ¡Qué mas! La inocencia y el candor se han retirado aún de la misma infancia, porque los padres de familia y los adultos en general no guardan aquel decoro que prescribe la Religion en las conversaciones; delante de los niños se trata de amores, de infidelidades, de galanteos, de danzas, de representaciones, y de mil cosas profanas, lo que, unido á no ver en sus casas ningun ejemplo bueno, ni oír jamás hablar de Dios, del alma, del infierno y de la eternidad, hace que se encuentren demasiado prematuramente llenos de deseos de practicar lo que ven y de descubrir la realidad de lo que oyen en otros, ejecutándolo ellos mismos. *Succensa est quasi ignis impietas*.

¡Cristianos! El cielo está irritado con justicia contra nosotros, y no os admireis de que de cuando en cuando se deje ver entre vosotros algun rasgo de su ira vengadora; no os admireis que vuestras casas y vuestros campos se convirtiesen pocos meses há en teatro de llantos y de dolor por la horrenda catástrofe que Dios misericordioso

descargaba sobre vuestras cabezas; el cielo está irritado, repito, porque vuestra ingratitud es tanto mayor, cuanto mayores son los beneficios que os dispensa. ¡Ay! ¡Cuánto ha hecho por nosotros este Dios amantísimo! Dejaste ¡oh Jesus mio! el sόlio de tu gloria, tomando nuestra carne y haciéndote hombre como nosotros; no contento con esta humillacion, pasaste treinta y tres años entre la pobreza y las persecuciones, dando al fin tu vida en un palo ignominioso. ¿Por qué trabajaste tanto? ¿Por qué fuiste azotado y crucificado? ¿Qué habia en nosotros que pudiese atraerte, ¡oh amable Jesus? Idolatría, deshonestidad, rapiñas, orgullo y miseria; mas teníamos en nuestras almas impresa la imágen de tu divinidad, y ésta se hallaba oscurecida; nuestra alma estaba condenada á eternos suplicios, habiéndola tú criado para gozos eternos; nos abriste las puertas del cielo, nos lavaste y quedamos más blancos que la nieve, y no contento con hacernos felices en el cielo, nos hiciste tambien dichosos en la tierra, inspirándonos la caridad fraternal, la justicia y las demás virtudes, que son el cimiento de la sociedad. ¿Cómo, pues, los hombres te han abandonado? ¿Cómo han vuelto contra tí las luces con que los ilustraste? ¿Cómo han apostatado de tu escuela? ¿Cómo se han alistado bajo las banderas de la indiferencia filosófica? ¡Qué! ¿Quereis acaso destruir el mundo? ¿Quereis aparecer ya como justo é inexorable juez á condenar á Satanás y á sus secuaces? Pero ¡oh amabilísimo Redentor mio, mi amor, mi esperanza y mi consuelo! ¡Perdóname mis pecados, con que he injuriado tu bondad! ¡Perdona á este pecador, que más que todos te ha ofendido! ¡Perdona al mundo, que te mira con indiferencia, porque no medita tus beneficios! ¡Ah! ¡Estos piés aún están brotando sangre! ¡Estas manos aún son poderosas para obrar maravillas! ¡Este costado aún está abierto! ¡Este corazon todavía es

manso y benigno! Vuelve, pues, tus tiernas miradas á la humanidad, que se precipita en sus iniquidades; conviérte con tu gracia á este pueblo, que compungido y lloroso se postra á pedir misericordia. *Señor mio Jesucristo, etc.*